

Sesquicentenario del testamento de Bolívar, hoy 10 de diciembre

Escribe: RAFAEL RAMON CASTELLANOS

Cabalga cabizbajo, sombrío y triste. Va por la calle principal de la ciudad y enfila hacia el ostracismo. Al encuentro con su muerte que la lleva encima desde varios años atrás. Qué inmensa soledad la suya, aunque lo rodean los edecanes y va en compañía de “varios oficiales, de un cuerpo de Granaderos de la Guardia y de su cocinera de siempre, Fernanda Barriga, a quien había llevado a Bogotá, desde su distante residencia de Quito”, según nos lo dice el dinámico periodista y escritor Eleazar Pérez Peñuela. Antes había recibido la visita de invariables amigos que con lágrimas en los ojos exteriorizaban el dolor por la partida del héroe. Expresa Pérez Peñuela “que luego de abrazar a los presentes el ilustre caraqueño montó en una mula baya, de buen paso, descendió por la calle 11 y pasó por la calle principal. Fue mucho el público que se apersonó en aquella zona para presenciar su viaje; no pocos amigos fueron con él hasta Facatativá... donde durmió esa noche”, y donde quizás reviviría los conceptos de una carta que pocos días antes le dirigiera a un amigo de Cartagena, y en la cual expone ideas el Hombre y razona el Estadista. “Yo deseo descansar y cuente Ud. con que ninguna acción de mi vida manchará mi historia, cuya consideración me llena de satisfacción. La Posteridad me hará justicia, y esta esperanza es cuanto poseo para mi felicidad. Mis mejores intenciones se han convertido en los más perversos motivos... ¿Qué es lo que he hecho para haber merecido este trato? Rico desde mi nacimiento y lleno de comodidades, en el día no poseo otra cosa más que una salud quebrantada. ¿Pudieran mis enemigos haber deseado más? Pero el hallarme

tan destituido es obra de mi voluntad. Todos los recursos y ejércitos victoriosos de Colombia han estado a mi disposición individual, y la satisfacción interior de no haberles causado el menor daño, es mi mayor consuelo”.

Dos personas de su más estrecha admiración no formaban parte de la caravana. Era quizás el destino mancillante. Antonio José de Sucre no llegó a tiempo para despedirlo porque el íntimo amigo no quiso que supiera nada del viaje, y Manuelita se había quedado en la quinta que ya no era de Don José Ignacio París, quien al Héroe se la había obsequiado por escritura pública del 28 de enero del mismo año de 1830. Ella prefirió no verlo alejarse, deprimido, maltrecho, ajado de rostro y de corazón. Ella que lo había sentido siempre grande, y que más grande lo veía ahora cuando renunciaba a todas las prebendas como Libertador, no podía concebir que su amante inmortal, su baluarte y su bandera, comenzase el descenso hacia la eternidad, enfermo de nostalgias y adolorido de ingraticudes.

Mientras avanza hacia las afueras de la capital un grupo de mozalbetes lo despide con epítetos: *longaniza... longaniza... longaniza...* Y el prócer no abrió los labios para decir palabra alguna. Sabe muy bien que así lo apodan algunos de sus enemigos. Adentro, bien adentro de su yo, siente el aleteo de la infame canallada: *longaniza... longaniza...* Por la voz de estos estudiantes rebeldes que no saben, en ese instante del 8 de mayo de 1830 cuando avasallan con vituperios al Creador de Colombia, que ese jinete que toma la vía de Fucha, va ya fulminado por las ingraticudes de los pueblos y de los hombres que él formó.

Jamás pensaría aquel 7 de agosto de 1819 cuando dobló con su espada la grandeza de España en la persona del Virrey Juan Sámano, en el angosto puente de Boyacá, que once años después, la ciudad que deliró inflamada de agradecimientos y optimismos, estaría representada por aquellos que desde las esquinas o tras las celosías le gritaban: *tirano... longaniza... tirano... Simón Primero... Rey Midas... tirano... longaniza... extranjero.*

Pero dejemos que nos narre el suceso Bernardo Arias Trujillo, insigne novelista colombiano, fallecido en plena juventud, quien escribiera unas páginas inmortales que ha difundido por

América un aventurero de la buena fe, un quijote fustigante y fustigado, un enamorado de la verdad, incorruptible y diáfano, el español José Manuel Castañón. “La mañana del 8 de mayo de 1830 fue singularmente glacial. Caía sobre Bogotá una garúa tenaz que calaba los transeúntes que se atrevían a cruzar las calles. Gasas de neblina gris amortajaban los tejados lívidos. Bolívar, a eso de las siete, salió con no más de cuatro amigos de su casa, con este pobre séquito cruzó la Plaza de la Constitución, que hoy lleva su nombre vasco y sonoro. Iba don Simón Bolívar montado en una mula orejona de la sabana, cubría su cabeza con una corrosca pastusa de anchas alas, y su cuerpo enfermizo y apesadumbrado, con una bella ruana del país, leal, tibia, acogedora, criollita, y sobre todo, grata, como ninguno de los cinco millones de mestizos que su sable libertara. Yo no sé si esas gotas que caen por los canales agudos de su faz angulosa son lágrimas o residuos de la lluvia pequeña que está cayendo, sólo sé que él lleva fiebre, que va triste y derrotado, que llora interiormente el fracaso de su obra, y que va camino del destierro voluntario, antes que otros puñales asesinos fulguren sobre sus sienes tempranamente platinadas, por el tedio. Cuando va por la mitad de la plaza, un corrillo de gente plebeya se le acerca, para despedirlo con este apodo que le pusieron sus enemigos, a causa de su delgadez y su color trigueño adquiridos en las campañas libertarias.

—Longaniza...! ¡Longaniza! Que la vaya bien con tal de que no vuelva, Longaniza...!

“No faltaron unas cáscaras, ni tal vez unos guijarros que hirieran la frente del Padre de la República. ¡Ahora si estás llorando de veras, padre y amigo, hermano y Libertador, maestro y compañero, ahora sí estás llorando a llanto vivo, no por la ofensa, sino por los destinos de esta patria que tiene barro humano de tan despreciables quilates!

¡Ahora sí, esas lágrimas que yo veo correr por tus mejillas hundidas y terrosas, no son ya gotas de lluvia, sino dolor licuado que sale de tus pupilas graves para redimir una vez más esta tierra de oprobio, mulata y desagradecida, que baja a sus dioses para erigir oxidadas supersticiones jurídicas en códigos caducos! Cuanto eras se lo diste: el alma, el valor, el honor, la salud, la pasión, el patrimonio, el genio, la gloria, todo. ¡Sólo faltaba que te hicieran llorar y que abonaras la tierra parricida

con tus lágrimas, y ya los has hecho, Longaniza! Ahora sí puedes ir serenamente al ostracismo, porque ya lo diste todo, y nada tienes que hacer en este país leproso y abominable, donde se exige menos para ser más, y se hace llorar a sus héroes en picota de escarnio a fin de estimular las pasiones de la turba-multa borracha.

“Bolívar, al escuchar los insultos, pica espuelas a su mula, acelera el paso de su séquito, y sigue al trote por la calle de Florián, camino de la salida para Fontibón, hasta donde lo acompañan sus más fieles amigos. Después seguirá solo, solo, solo, por la sabana taciturna y yerta, rumbo a Honda, donde habrá de tomar un champán hacia la muerte”.

Y agrega Arias Trujillo: “Todo aquello lo he recordado hoy, ¡Oh mi Simón Bolívar!, en esta tarde dominical en que he venido a evocarte para acompasar mis penas con tus penas. De este mismo mirador donde tu solías contemplar el crepúsculo sabanero, recostado a la misma baranda donde tú colocabas los enflaquecidos brazos, he visto la tarde de aluminio, con una nostalgia hermana de la tuya. Bajo estos árboles enfermos de calvicie te he soñado aquí convaleciente de amor y de tuberculosis, siempre lánguido y febril, cierto de haberte equivocado, y arrepentido de tu obra. Por estos caminos de angustia, ahora silenciosos, vas en mis recuerdos acres, de brazo con la señora Manuelita, queriendo disipar tus pesadumbres con tratamientos de amor y tizanas de cariño. Pero todo en vano. Estás muerto y muy muerto, ¡Oh mi Simón Bolívar! De tu obra no quedan ya “ni las ruinas de las ruinas”, y tu espíritu se ha evaporado quién sabe hacia qué ignotos confines. No hay en las almas de los hombres ni un hálito prócer de tus hazañerías, de tus ansias continentales, de tu asombroso y perfecto imperialismo gran-colombiano”.

Ya la patria estaba de luto, no por él que convergía hacia el sepulcro, desesperado por el dolor de ver que la anarquía doblegaba su incuestionable razón de ser, sedienta de libertad y de anhelos independentistas. No. La Patria estaba de luto dentro del corazón de los hombres con alma sensible, en el horizonte del procerato que veía sucumbir la enorme república bolivariana y en la eternidad incendiaria de experiencias por donde deambulaban las deslealtades para con el constructor de pueblos libres. La Patria estaba de duelo desde el instante

desencantador en que se formó la ventisca insana del movimiento de La Cosiata, cuyos tentáculos no son mayores a los que se entrelazaron alrededor del crimen agazapado en la sombra de aquella media noche del 25 de setiembre de 1828. Por ello, en 1830 la muerte de Bolívar no es para muchos profundidad de lamento, ni efusión de lágrimas, ni orla, ni corbatín negros. No. Las pasiones estaban exacerbadas y el Héroe moría casi en la soledad, pues apenas estaban algunos leales servidores a su lado.

Todos conocemos los detalles pesarosos del suceso desde la partida de Bogotá, en esa mañana asediada por una revuelta militar de los Granaderos de la Guardia y aunque los dignatarios del Gobierno, le presentan los más cálidos testimonios de respeto y de admiración, él sabe que por primera vez, ha de encontrarse con una derrota incomparable. Tal vez había falaz testimonio hipócrita en la intimidad de muchos y lealtad tradicional entre las venas de otros. El Héroe avanzaba silencioso, pues dentro llevaba la muerte y el presentimiento de lo fatal para los pueblos que su espada salvó de la opresión.

Cuando el Mariscal de Ayacucho en la tarde del mismo día llega a la casa que albergó al Libertador en esos últimos días santafereños, ya no lo encuentra. “Doloroso espectáculo para los nobles sentimientos de Sucre —anota José Ignacio Méndez en su libro *El Ocaso de Bolívar*—. Cómo sangraría su alma de dolor en esos momentos de recuerdo, de glorias unánimes y de tristezas que fugazmente pasarían por la memoria prodigiosa del héroe cumanés!... Con qué desencanto se agolparían en su memoria las palabras que le dijo el vidente días antes cuando le insinuó que se fuera a vivir al Sur!: *La República se va a dividir en partidos; en cualquier parte que me halle me buscarán por caudillo del que se levante allí; y ni mi dignidad ni mi puesto me permiten hacerme jefe de facciones.*

“Abatido y triste, Sucre se dirigió a su casa para abreviar los preparativos del viaje a Quito, que debía efectuar el 11 de ese mismo mes; pero no sin haber escrito la siguiente y sencilla carta que intensamente nos hace vibrar la nota de los suspiros y fluir del corazón, a manera de un golpe mágico la fuente de las lágrimas:

“A S.E. el General Simón Bolívar etc.

“Mi General:

“Cuando he ido a la casa de usted para acompañarlo, ya se había marchado. Acaso es esto un bien, pues me ha evitado el dolor de la más penosa despedida. Ahora mismo comprimido mi corazón no se que decir a usted.

“Mas no son palabras las que pueden fácilmente explicar los sentimientos de mi alma respecto de usted; usted los conoce, pues me conoce desde hace mucho tiempo, y sabe que no es su poder, sino su amistad lo que me ha inspirado el más tierno afecto a su persona. Lo conservaré, cualquiera que sea la suerte que nos quepa, y me lisonjeo de que usted me conservará siempre el afecto que me ha dispensado. Sabré en todas las circunstancias merecerlo.

“Adiós, mi general; reciba usted por gaje de mi amistad las lágrimas que en este momento me hace verter la ausencia de usted. Sea usted feliz en todas partes, y en todas partes cuente con los servicios y la gratitud de su más fiel y apasionado amigo”.

Después comenzaría el cruento peregrinaje desde Guaduas. El 11 de mayo, de su puño y letra, le transmitiría a Manuelita Sáenz pensamientos de una cruda realidad. “Tengo el gusto de decirte que voy muy bien y lleno de pena por tu aflicción y la mía por nuestra separación. Amor mío mucho te amo, pero más te amaré si tienes ahora más que nunca mucho juicio. Cuidado con lo que haces, pues si no nos pierdes a ambos, perdiéndote tú”. A este mensaje respondería ella con una correspondencia que, como todas las suyas para él, corrieron la desastrosa suerte de la destrucción. Qué le diría entonces, desesperada como estaba y ya de acuerdo en que de lo material que él poseía —que era bien poco— ella no quería absolutamente nada, ya que solamente vivía para su amor. Qué le diría. Podemos suponerlo, sencillamente. Lo que una mujer escribe, sea cual sea el género o la circunstancia, y el destino y el destinatario, aún con la dureza que pueda haber en las expresiones en ocasiones dramáticas y complejas, donde en el hito de un ímpetu haya miel o amargos paisajes para el diseño de un objetivo, siempre, cuando una mujer escribe, y somos insistentes en la sentencia, queda algo de aroma en el conjunto de lo plasmado;

queda algo de perspectiva sobre flores y arpegios. Es como si su palabra tuviese la inconmesurable majestad de lo dicho por la madre, pues en los labios de esta, toda expresión, todo criterio, hasta el menos propicio y el más difícil, se conjuga con una maleabilidad de ternura. Bien pudo expresar un aeda famoso que la madre de Dios y la madre de Judas en nada se diferencian si para pensar en el hijo se deslía siempre una madeja de luz, un sedimento de compasión, una mirada y una caricia. Tampoco establecemos abismos entre cualquier inspiración femenina.

Cuando una mujer escribe queda en el aliento plasmada la lactancia, el pezón, el sollozo del infante, la mirada inocente que surge a la vida, la mirada sí, del niño negro, o blanco, o zambo, o del niño indio o del mestizo; del niño simplemente. Y en cada frase, ya sea en prosa severa o en prosa chabacana; ya sea en verso antológico o en verso elemental y timorato, hay un énfasis desde las entrañas, desde las vísceras, desde el palpito sanguíneo, que nos transforma el ambiente en una especie de ternura biológica y estructural, de ternura que se mete por el aire que respiramos, que se ingiere en el líquido que bebemos, que se deglute en el mendrugo de pan o en el caviar costoso.

Desde Turbaco, el 26 del mismo mes, contestaría la misiva de Sucre, en donde exterioriza su grandeza de alma y de corazón en una sola frase: "Yo me olvidaré de usted cuando los amantes de la gloria se olviden de Pichincha y Ayacucho". El 9 de junio al Presidente Joaquín Mosquera le recalca: "Yo he predicado el orden y la unión: he procurado dar, además, ejemplo. He dicho a todo el mundo qué *pienso* y yo pienso siempre lo mismo. Estoy por la unión y la integridad. No estoy por las divisiones, ni partidos".

El 26 de noviembre de 1830, justamente a 10 años del *Tratado de Regularización de la Guerra*, de Trujillo, le escribe a don José Ignacio París: "Está agonizando la lámpara de mi vida. Mucho he sufrido, y ahora enfermo, sin recursos y pensando en irme a Europa, pero día vendrá, cuando hayan pasado algunos años, en que mis enemigos me hagan justicia; desaparecerá el tirano, quedará el hombre, y toda la América confesará que Bolívar fue un patriota". Bien está la sentencia del peruano Germán Leguía y Martínez al afirmar que Bolívar "pasó por la grandeza y la prosperidad, por el influjo y la om-

nipotencia, como el ave sobre las ciénagas, siempre puro. Perseguido por la calumnia, esa baba tóxica del odio, quedó límpido e intacto como el diamante, que no puede ser rajado ni tallado más que por sus propios polvos y fragmentos; y, aunque salpicado en sangre, comparece ante la Historia y la posteridad lavado en las linfas del ideal; porque, como el labrador que con la reja del arado descuaja tallos y flores para abrir el surco, sepultar la simiente y preparar la cosecha del mañana, así, cuando se irguió sobre osamentas y sangrientos charcos, fue para sembrar la simiente sacra de la soberanía, exaltar la dignidad de los pueblos y extender sobre su cerviz el manto protector de la democracia". Agrega que "Enfermo, proscrito, como Escipión y como Aníbal, porque el Congreso de Valencia lo ha puesto fuera de la ley, lo ha declarado enemigo público y le ha notificado esta sentencia, en plena marcha, por uno de sus más rudos enemigos; desgarrada el alma, ya que no el pecho, por los puñales de setiembre, que han ido a asaltarlo en su propio lecho; desmedrado por la miseria, lacerado por la ingratitud, viendo a sus conciudadanos cómo lo odian y a sus capitanes cómo se le atreven y le desconocen, le insultan y le repelen; sabedor de la trágica muerte de Sucre; convencido de que el hierro que no ha perdonado al Abel americano, mal puede perdonarle a él; dominado del anhelo de "no pensar en nada ni en nadie", sediento de hundirse en la oscuridad, anacoreta del patriotismo; dudando de si "habría arado en el mar" y edificado sobre el viento; condolido del desorden imperante y de la anarquía creciente; más que todo, de ver, según sus frases, "todo derribado en torno suyo por el infortunio o por la infamia" pensando en que, "por triste que fuera la muerte, sería, en todo caso, más alegre que su vida", y, por eso, asaltado en ocasiones por la negra idea del suicidio: renuncia el papel de nuevo Ajax, retante de los dioses y el destino; álzase un instante, erguido, para exclamar "yo también debo caer"; y cae, cae y dobla la cabeza fatigada sobre el abrumado pecho; repasa, de una ojeada, sus servicios y su gloria, que desdeña como un delito; y muere —el millonario, el noble, el opulento—, sin una camisa que ponerse, y que le prestan el cariño y la misericordia; muere donde debía morir: ante el mar, tumba única de su genio formidable; inmenso como su desconsuelo; agitado como su corazón, airado y tempestuoso; profundo, como ese espíritu en que han dejado de batir el vuelo las gaviotas blancas de la fe, la

esperanza y la ilusión; inagotable, como el bien que ha derramado por todas partes; eterno, como su obra guerrera y política; inmutable, como su herencia y su gloria”.

El itinerario es de todos conocido. Mucho más largo para su agonía de mil torturas que el de otro Quijote: Jesucristo. El 10 de diciembre, justamente hoy se cumplen 150 años, dicta su última proclama: “Colombianos, habéis presenciado mis esfuerzos para plantear la libertad donde antes reinaba la anarquía. He trabajado con desinterés, abandonando mi fortuna, y aún mi tranquilidad. Me separé del mando cuando me persuadí de que desconfiábais de mi desprendimiento. Mis enemigos abusaron de vuestra credulidad y hollaron lo que es más sagrado, mi reputación y mi amor a la libertad.

“He sido víctima de mis perseguidores, que me han conducido a las puertas del sepulcro. ¡Yo los perdono!

“Al desaparecer de en medio de vosotros, mi cariño me dice que debo hacer la manifestación de mis últimos deseos. No aspiro a otra gloria que la consolidación de Colombia. Todos debeis trabajar por el bien inestimable de la unión: los pueblos, obedeciendo al actual Gobierno para liberarse de la anarquía; los ministros del santuario, dirigiendo sus oraciones al cielo, y los militares, empleando su espada para defender las garantías sociales.

“¡Colombianos! ¡Mis últimos votos son por la felicidad de la Patria. Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos, y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro!”

Y en la misma fecha, dicta su testamento en donde “el nombre de Aroa —como lo conceptuara el historiador Paul Verna— estará siempre unido al recuerdo del Libertador, pues esas minas fueron símbolo de su desprendimiento y de su grandeza, pero también de sus angustias y desconsuelos, hasta los últimos días de su vida”.

Testamento elocuente y sencillo, pues “la generosidad de Bolívar no tenía límites —nos dice Verna— ni el espectro de la *miseria, vejez y mendicidad* que apareció en el horizonte de sus últimos meses de vida, pudo frenar su bondad, su desprendimiento. El Libertador era incorregible. Nunca dio importancia al dinero”. En él relata brevemente su origen, su cristianismo apostólico y romano, “bajo cuya fe y creencia —enuncia— he

vivido y prometo vivir hasta la muerte”; su matrimonio con (María) Teresa (del) Toro y (Alaiza) y que sólo posee como bienes “las tierras y minas de Aroa, situadas en la provincia de Carabobo, y unas alhajas”.

Después enumera sus voluntades: devolver a Bolivia, pequeña patria suya que él creara, además de dar libertad a otros países, “la medalla que le presentó el Congreso a nombre de aquel pueblo”; que *El Contrato Social* de Juan Jacobo Rousseau y *El Arte Militar*, de Montecuculi, se le entreguen a la Universidad de Caracas; que a “mi fiel mayordomo José Palacios” se le entregue una cantidad de pesos “en remuneración a sus constantes servicios”, y, finalmente, que sus restos sean depositados en Caracas; que la espada que le regaló el Mariscal de Ayacucho se le devuelva a la viuda. De ello hoy se cumplen ciento cincuenta años, y parece que el dolor de América creciera tras las huellas del perínclito guía que alumbra nuestros derroteros y nuestros ideales.